

Monserrate de Cataluña, y que lo que la santísima Virgen ha obrado en aquel monte, lo ha obrado entre vosotros ; que entráis en parte, en posesion y en herencia de todas las glorias, privilegios y grandezas de Monserrate de Cataluña. Así es, y por consiguiente debéis empeñaros en publicar la gloria de esta gran reina, y hacerle homenaje de vuestros corazones.

Sí, gran Reina, Virgen santa, Virgen inmaculada, Virgen poderosa ; ellos quieren que reinéis sobre sus espíritus por eleccion, y sin que nadie los obligue : *Dominare nostri tu et Filius tuus* (1). No piensan sino en vuestra gloria, no hablan sino de vuestra gloria, no trabajan sino por vuestra gloria : á vos dirigen sus pensamientos, sus ideas, sus pasos, para que conducidos en esta vida por las sendas de la verdad, consigan la eterna felicidad. Amen.

(1) *Judic. c. 8. v. 22.*

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS NECESIDADES.

(DE ALMEIDA.)

Mariæ, de qua natus est Jesus.

De María, de la que nació Jesus.

S. Mateo, c. 1. v. 16.

Hoy celebra la Iglesia universal el nacimiento de María, de la que nació Jesus, y en este templo se dedican las mas festivas demostraciones al nacimiento de María, que nos socorre en las necesidades. El título de Madre de Dios nos mueve á solemnizar con alegría este nacimiento, y el título de nuestra Señora de las Necesidades nos estimula de nuevo á solemnizarlo con agradecimiento. Tan poco fia Dios de nuestra rusticidad y torpeza, que sobre los motivos generosos que la razon y Religion nos ofrecen, acrecienta el de nuestros intereses y propia utilidad.

Hoy, hermanos míos, nace nuestro refugio, nuestro amparo, nuestro consuelo ; nace la que nos ha de valer en todas las necesidades. ¡Qué fervorosos cánticos de alabanzas deben resonar en nuestras iglesias, en expresion de nuestros amantes corazones y pechos agradecidos ! ¡Qué acorde consonancia debe haber hoy entre el cielo y la tierra, para celebrar los felicísimos años de la Madre de Dios ! Pero si los ángeles tienen para motivo de su júbilo ser María madre de Jesus, nosotros tenemos tambien el motivo de ser María nuestra madre y nuestro amparo.

El sabio Criador del mundo, siempre justo y amoroso, fué el que sembró toda la tierra de espinas despues que los hombres la sembraron de culpas : esta fué la primera pena del pecado (1). Quién tal creyera ! ¡ Aquella paternal y amorosa mano, que todo lo disponia para nuestro bien ; que sentia palpitarle en el pecho el corazon con el amor á sus hijos ; aquel padre tierno y afectuoso, que nos consideraba como delicioso objeto de su amistad y cariño, es el que de industria ha llovido sobre los hombres tal inundacion de trabajos, miserias y aflicciones, que casi nos vemos zozobrar ! Muy léjos esté de nosotros el impío sistema del que dijo, que el gobierno de este mundo estaba repartido entre Dios y el demonio, siendo el uno autor de todas las felicidades, y el otro de solos los trabajos. Muy pobre quedaria en este repartimiento el Señor de todo, siendo tan pocas las felicidades y tantos los trabajos de la vida. No, hijos míos, no es así. El mundo está encerrado en la mano de nuestro Dios : él solamente es el que con amor y justicia, ya distribuye gustos y consuelos, ya males y trabajos. La obra del demonio es el pecado solamente : todo lo demas es obra de la sabiduría y amor del Todopoderoso, de aquel bien sumo, que es la única causa del bien ; y así, creédme, las aflicciones son para nosotros un bien muy grande : no se escandalice vuestro amor propio, porque espero consolaros, y este será hoy mi empeño.

Dios nos cerca de trabajos y necesidades, para que nazca en nuestros corazones la Virgen María : primera utilidad. Dios nos cerca de trabajos y necesidades, para que Jesus nazca de María en nuestros corazones : segunda utilidad. En otros términos ; nuestras necesidades hacen que seamos devotos de la Virgen y amigos de Jesucristo. Así es, Virgen soberana : cuando entráis en nuestro corazon, siempre traéis á Jesus : disponéd pues, que hoy se verifique que Jesus nazca en nosotros de María, y que mudando felizmente nuestro estado, quedemos como vos, Señora, llenos de gracia. *Ave María.*

PARTE PRIMERA.

No sé qué tiene el corazon humano, que puede Dios moverlo é inclinarlo adonde quiera, sin estrechar, y aún sin tocar leve-

(1) *Gen. c. 3. v. 18.*

mente en los fueros de su libertad. Dios poderoso, para no quitarle la joya que una vez le dió (hablo del libre albedrío), sabe tratarlo de modo, que al mismo tiempo lo tiene encerrado en su mano, y lo deja enteramente libre : lo mueve é inclina adonde quiere, y el corazon por sí mismo va siempre libre, espontáneo y por su gusto ; va contento y con toda su voluntad. Esto acontece aún en aquellos corazones, que por su soberanía hacen blason de ser señores absolutos de su voluntad. Es misterio ; pero tambien es verdad : es un alto secreto de la sabiduría y poder de Dios ; mas es una cotidiana experiencia de la vida humana.

De dos medios suele servirse Dios para llevar nuestro corazon adonde quiere sin violentarlo ; el uno son los trabajos y necesidades que padecemos ; el otro la suavidad y dulzura de los gustos del cielo, que de cuando en cuando nos comunica con anticipacion ; y de ambos se sirve comunmente para nacer en nuestros corazones como deseaba. Unos son motivos que nos hieren, y acudimos á la Madre de Dios para que nos favorezca ; otros nos atraen á la felicidad, y de la Madre de Dios pasamos á su Hijo, como verdadero origen de ella.

Dije que este mundo estaba todo él sembrado de aflicciones y trabajos : ahora corrigiendo la expresion, hallo que mejor diria, que estamos nadando en un mar de lágrimas, y cuasi sumergidos en un piélago de amargura. Demos una vista al Oriente, volvamos luego á mirar al Occidente ; recorramos de Norte á Sur ; volvamos despues los ojos á nosotros mismos ó á nuestros vecinos ; ¡ y qué hallaremos sino aflicciones y miserias ! Sean nobles ó plebeyos, poderosos ó desvalidos, estén en el trono ó en la cárcel, en la abundancia ó la penuria, en delicias ó enfermedades, en la honra ó el abatimiento, solos ó en compañía, á ninguno veréis sin afliccion y necesidad ; y si alguno, ó fingiendo, ó engañado, os dijere que nada le aflige, compadecédle con dobles lágrimas, porque, ademas de otras miserias, tiene la de una fatal ceguera, por cuya causa las ignora.

En dos clases se reparten todos los que viven en el mundo ; unos que como Job, haciendo guerra á sus pasiones, aspiran á la virtud ; otros que sueltan la rienda á los apetitos y, como Salomon, se entregan ciegamente á todo cuanto su corazon desea ; pero esos ¡ qué trabajos y aflicciones no padecen por sostener aquel absoluto dominio de una voluntad que diga siempre con

firmeza : *yo quiero!* En llegándolo á decir una vez con eficacia, nada detiene al alma ; por entre espinas de disgustos y abrojos de dificultades se entra, penetra y atraviesa, y quiere absolutamente pasar, sea como fuese, para salir con su intento. Ya le cuesta sangre y muchas heridas ; ya dolores y gemidos ; mas siempre diciendo : *yo quise, yo quiero.* Como no ve lo que se esconde en esos abrojos, sigue su tema : la veis que se halla en un precipicio horrible, en que para subir, despues de increíbles dolores, toda rasgada y herida, se ve obligada á subir por entre asperezas y serpientes, y se queda en tal estado, que el gusto á que aspiraba, no vale la menor parte de los trabajos que ha tenido que pasar. Ah, hermanos míos! ¿no vive así gimiendo la mayor parte del mundo? ¿No se lamentan todos como el mismo Salomon, de que todo es vanidad y afliccion de espíritu, al ver los tristes efectos de sus desenfrenadas pasiones?

(1) Así pasa en la mayor parte de los hombres.

La otra parte del mundo que trabaja por superar sus apetitos y sujetarlos á la razon y á la ley, ¿no tiene tambien que atravesar para esto por muchas aflicciones y necesidades? *Cuando el alma se determina á servir á Dios,* dice el Espíritu santo, *es preciso prepararse para la tentacion* (2). Al instante sale á campaña todo el infierno contra nosotros ; á izquierda y á derecha nos cercan enemigos ; de dia y de noche nos asaltan sin permitirnos reposo ; nos despiertan en lo interior mil pasiones, y nos las encienden con un fuego extraño : en lo interior procuran suscitar nos enemigos que nos inquieten y persigan ; todas las criaturas les sirven de instrumento para hacernos cuanto daño puedan. Bastan las leyes del mundo, el cual está en posesion (bien que no consta con qué derecho), en posesion, vuelvo á decir, de criticarlo todo y de todos modos á su salvo, acriminando el vicio y burlándose de la virtud ; está en posesion de condenar en una parte á los malos, y en otra perseguir á los buenos. En vano será defenderos con la razon y derecho, ó con la ley de Dios y de los príncipes : nada será suficiente ; él siempre os ha de condenar : cuando fueseis la suma inocencia, nada le importa ; él os ha de condenar. Os estará Dios aprobando vuestras obras ; pero ¿qué se le da al mundo de la aprobacion de Dios, si él os ha de condenar? Sin otros testimonios que los

(1) *Eccles. c. 2. v. 11.* (2) *Eccli. c. 2. v. 1.*

que él sabe levantar, sentenciará sin réplica, y aún será preciso callar, porque esto tambien viene en la sentencia del mundo.

No solo os afligirán vuestros enemigos, hasta los criados y parientes os atormentarán, y serán vuestros verdugos. Si entregáis vuestro corazon tierno y dócil á los que os tratan, siendo ellos de contraria condicion, y muchos, cada uno lo tirará hácia sí, y os sentiréis despedazar. Mas si por evitar este tormento, queréis vivir solos, y no consentís que vuestro corazon se pegue á nadie ; á proporcion que os extrañáis de los otros y manifestáis aspereza, ellos tambien hacen lo mismo ; y sucede á los corazones lo que á las piedras duras, que se hieren en el choque recíproco y se ofenden. Aunque tengáis el juicio de Salomon, la experiencia de Matusalen y la paciencia de Job, no hay medio para que en el mundo no padezca vuestro corazon. Si absolutamente no queremos padecer aflicciones ni trabajos, es preciso pensar en salir del mundo, pues siendo este un valle de lágrimas, viviendo en él, habéis de tener que llorar sin remedio.

En esta triste situacion se oye una voz del cielo que dice : *venid á mí todos los que vivís oprimidos y atribulados, que yo os aliviare* (1). Esta es la voz de la santísima Virgen, semejante á la de su Hijo : esta voz es un pregon que hace venir de todas partes legiones innumerables de afligidos, á postrarse ante su altar, como recurso en sus necesidades. Yo creo que de cien mil corazones que vienen á postrarse ante las aras de la Virgen Madre, apénas habrá uno solo que no venga herido, ántes de humillarse obsequioso.

Ya veis declarados los secretos de la Providencia en la sábia y amorosa distribucion de los trabajos de la vida : en su amorosa Madre nos da un asilo, amparo y proteccion tan segura, que todos vienen huyendo de las tribulaciones á arrojarse en sus amorosos brazos. Bien pudiera Dios forzar la puerta del humano corazon, aún del mas rebelde, y entrar en él, pues su brazo es omnipotente ; pero no era este medio decente á su providencia, ni conducente á su amor. Por eso lo dispone de modo que nuestro propio interes y el amor innato que nos tenemos, nos obliguen á franquearle la entrada, dejando que én-

(1) *Matth. c. 11. v. 28.*

tre primero la Madre de Dios; lo que es una grande disposicion para que despues éntre su Hijo.

Y á la verdad ¿quién es el que recurriendo con fe á la Virgen en sus aflicciones, no halla en ellas unas entrañas de madre? Á cada paso veréis una alma afligida, y derramando ante aquel altar su corazon lleno de hiel, de pena, y deshecho en lágrimas de amargura; tal vez á horas excusadas la veréis en aquel pórtico, delante de las puertas que ocultan de noche la vista de su protectora en esa imágen; la veréis con las manos levantadas, los ojos fijos en su esperanza, ó cerrados y en contemplacion de su dolor. La veréis exhalando el corazon en suspiros de fuego, clamando por socorro á la Madre de Dios; mas no bien han salido las voces de los labios, aún no se han pronunciado en la tierra, cuando ya han subido al cielo; ya la hermosa Ester, llena de compasiva ternura, está postrada ante el trono del Rey intercediendo por nosotros. Sin saber cómo, siente el alma que empieza su corazon á respirar; que á distancia va poco á poco apareciendo una luz, y que se disipan las tinieblas de su confusion: vuelve la paz á tomar posesion del alma, y la acompaña una seguridad de que Dios le dará el remedio; y por entre los caminos cerrados al humano socorro se advierte, aunque no se ve, un cierto remedio de todos nuestros males, ó una suavísima seguridad de que aquel trabajo es un grande y verdadero bien: entónces se alegra el alma, y se llena el corazon de fortaleza y de consuelo. Buen testigo es la experiencia de todos aquellos que con fe y amor han recurrido á la Virgen; estos sus devotos saben bien lo que yo digo.

Mas ¿para qué dudáis, espíritus incrédulos, los que, si recurris á la Señora, siempre llegáis sin fe, sin amor ni resignacion, y con un espíritu vil, interesado y perverso? Disputád conmigo, y sea nuestra contienda con razones, ya que no creáis á la experiencia. ¿Á quién daría el Omnipotente corazon mas tierno que á su Madre? ¿quién daría alma mas compasiva? ¿quién entrañas mas amorosas? ¿Á quién debía hacer mas hermosa, agradable y suave, mas caritativa, amable y perfecta; por último mas capaz de encantar el corazon humano, que á su propia Madre? ¿quién, decídme, á quién? Ó mi Dios, que no habéis de hacer jamas, ni habéis hecho cosa mas perfecta que la Virgen despues de la humanidad santísima de vuestro Hijo! La

Virgen es el primor de vuestras obras; y aún para el que vive enamorado del mundo, seria un atractivo capaz de separarle de él con sumo gusto, si bien la conociese: ¿qué será, mi Dios, qué será para aquel que lleno de aflicciones y trabajos, se halla favorecido de vuestra Madre? Así, oyentes míos, hace Dios en nuestras necesidades que la Virgen nazca en nuestro corazon.

PARTE SEGUNDA.

Pero no concluyen aquí los bienes que Dios nos prepara por medio de los trabajos y necesidades de la vida: si la Virgen nace en nuestros corazones, tambien Jesus nacerá en ellos tarde ó temprano de María, y el devoto de la Señora vendrá á ser amigo de Dios.

Discurriendo filosóficamente se cree con dificultad que estando nuestro corazon hecho para amar á Dios, pueda vivir sin amarle. Naturalmente se inclina al bien, y cuanto bien se puede apetecer, se halla en Dios, y solo en Dios: con que viene á ser un misterio de iniquidad, que hallándose en Dios todo el bien, se incline nuestro corazon á este, y no á Dios. Como el Señor le dejó la libertad, hace el corazon lo que quiere; y contra todo derecho, contra su naturaleza y contra la conveniencia propia, desprecia á Dios, prefiriendo á él una vil criatura; y así blasona de ostentar su rebeldía contra el Omnipotente, como dice Job: *Et contra Omnipotentem roboratus est* (1). Es cosa bien singular que el Todopoderoso no quisiese sujetar nuestro corazon como esclavo, sino que lo hizo dueño absoluto de su querer y señor de su albedrío, en algun modo como lo es el mismo Dios; y la correspondencia ha sido emplear contra el mismo Dios la libertad recibida. ¡Pásmense los cielos y la tierra!

La raíz de este secreto y el secreto de este misterio están en que los bienes que confesamos en Dios, son para lo futuro, y los que el demonio nos ofrece, son de presente; y el hombre es tan vil, que, como Esaú, por un plato de lentejas que le dan ahora, vende el mayorazgo á que tenia derecho en lo futuro.

Atendiendo Dios á esta errada disposicion del corazon hu-

(1) Job. c. 15. v. 25.

mano, le anticipa en el suave amor de María las futuras delicias que entrarán en su alma con el amor de Dios; delicias tales, que cuando el mundo mira la cruz de Cristo con horror, la busca el justo con ansia, la abraza con gusto y se llena de celestial alegría; delicias tales, que cuando ambos miran á la cruz como árbol, al pecador le parece zarza llena de espinas y de fuego, y al justo el árbol del paraíso cargado de suavísimos frutos, y la mira como árbol de la vida, aunque parece patíbulo de la muerte; delicias tales, que el pecador, aunque ve á Cristo en la cruz, huye de Jesucristo, por verse libre de la cruz; mas el justo corre ligero á la cruz, para unirse con Cristo.

Y qué es lo que hace esta notable diferencia? La gracia del Omnipotente, que de ordinario viene con la devocion de María. Sedme testigos todos los que habéis seguido algun tiempo la senda de la perdicion, y habéis entrado por último en la de la vida eterna; los que gozáis del mundo celeste, despues de haber gozado tristes delicias en las cebollas de Egipto: sedme testigos, y decidme, si no fué la devocion de María la que os llevó al amor divino, y si no fué esta devocion el primer paso que disteis en el camino de Dios. En la mayor fuerza de vuestras iniquidades sucedia tal vez, que un solo dia no podiais pasar sin ir á saludarla con reverentes obsequios; ó no podiais ver su imágen sin protestar con la rodilla en tierra vuestra devocion y amor. Tal vez el sábado, por dedicado á la Virgen, era el único dia exento de vuestras mayores culpas; ó bien os sucedia que si os pedian la limosna en nombre de la Virgen, no podiais negarla; y por este medio os convirtió Dios al camino de la virtud y salvacion.

El Hijo de Dios y su felicísima Madre andan tan juntos, que habiendo entrado en vuestro corazon María, no podia tardar mucho Jesus. Esta devocion suavísima os fué inspirando poco á poco horror á los vicios que mas detesta la Virgen, y fué naciendo en vuestra alma una pia inclinacion á la virtud. La leche virginal con que la Señora sustenta á sus hijos, fué ablandando la dureza del corazon rebelde; el respeto de María ahuyentaba al demonio; las pasiones furiosas ya quedaron mas sojuzgadas, y el corazon feroz empezó á sentir movimientos insólitos de ternura y deseos de agradar á su protectora; y como el pecador no puede juntar en amoroso abrazo á la Virgen y los vicios, para no dejar con aquella el encanto sagrado de

su corazon, se resolvió á dejar la culpa y hacer divorcio perpetuo con el demonio.

A este tiempo ya las súplicas de la gloriosa Virgen habian inclinado al Dios de las misericordias; y derramando el Espíritu santo su gracia en el corazon impío, se halló de repente este atraído y arrebatado suavemente, sin saber cómo, por una interna fuerza: se halló contrito el pródigo, y en los brazos de su amoroso Padre: Dios se olvidó de todo lo pasado, le abrazó tiernamente, le dió el ósculo de paz, le convidó al banquete de la eucaristia, y le hizo escritura solemne de la herencia de aquel reino que para sus hijos conquistó en la cruz. Ó mudanza prodigiosa! ¡mudanza suave, libre, gustosa y voluntaria! ¡mudanza, obra de la devocion de María, y de su proteccion en nuestras aflicciones y necesidades!

¡Dichosos los trabajos de la vida, y felices las espinas que producen rosas tan suaves! Cercád, mi Dios, cercád, como dijisteis por Oséas (1), nuestros caminos de espinas: *Sepiam viam tuam spinis*; para que á cualquiera parte que pretendamos huir, nos lastimen y precisen á entrar en el camino recto que nos lleva á vos, pues sois el objeto único en que se hallan sólidos consuelos (2). Amorosos castigos los del Señor, con que nos doma, dice Jeremías (3), como á un novillo bravo é indómito. Alabemos, hermanos míos, su admirable Providencia, contra la que estuvimos para murmurar al vernos cercados de tantos males: alabemos la misericordia con que nos aflige para nuestro bien.

Ya veis que en medio de las felicidades continuas viviais tal vez sin ley, sin razon, sin Dios: vuestro Dios era el vientre, vuestra razon las pasiones, vuestra ley la voluntad desenfrenada, y la regla de vuestras acciones el apetito; pero sobreviniendo las necesidades, se trocó la abundancia en miseria, la vanidad en abatimiento, los regalos en aflicciones, el regocijo en lágrimas. Entónces recurristeis á María; y esta comunicacion, que al principio fué interes, se cambió en amor; y este amor sagrado todo lo fué mudando con el tiempo. Se enterneció el corazon de Dios con las lágrimas de la Virgen, y con el llanto se ablandó tambien el vuestro; y á poco tiempo se halló en los brazos de Dios el que era su capital enemigo; y el que

(1) *Osee*, c. 2. v. 6. (2) *Ibid.* v. 7. (3) *Jerem.* c. 31. v. 18.
TOM. II. JM.

ántes, como aquel soldado furioso, rompió con la lanza el costado de Jesucristo, ahora entra arrepentido por esa puerta de misericordia á lavarse en su amorosa sangre.

¡Qué alegre es pues este dia en que nace la que ha de cambiar nuestra suerte; la que ha de convertir nuestras necesidades en alegría espiritual, y el castigo de nuestros pecados en medios de nuestra eterna felicidad! Lloren en hora buena los que viviendo afligidos, no recurren á la fuente de su consuelo; que nosotros debemos alegrarnos invocando á la Virgen en las necesidades: en esta Señora hallaremos socorro, amparo y santo amor recurriendo á sus altares, y tendremos en nuestro corazon á María y á Jesus. Así sea.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

(DE GONZÁLEZ.)

Audivi orationem tuam, et elegi locum istum mihi in domum sacrificii.

Escuché tu oracion, y elegí para mí este lugar como casa de sacrificio.

II. Paralip. c. 7. v. 12.

Prendado el Señor de la piedad de Salomon en la construccion del templo de Jerusalem, se le aparece una noche, le habla, le manifiesta su complacencia y le dice: he oído tus oraciones y escogido para mí esta habitacion como lugar de sacrificio. Del mismo modo, cuando los nobles romanos, el patricio Juan y su esposa, le dirigieron sus ruegos y votos, para que les manifestase su voluntad en órden á la inversion de las riquezas de que habian instituído heredera á María santísima, se les aparece en el silencio de la noche esta Señora, y por medio de una milagrosa nevada que hizo caer en el rigor del verano, les manifestó su gratitud y complacencia por su conducta, y que seria de su agrado que empleasen el producto de sus bienes en la construccion de un templo, que elegia para habitacion de su divino Hijo. Y en el dia destinado por la Iglesia para renovar la memoria de la dedicacion de este templo, erigido en la capital del mundo cristiano, ¿pudiera yo elegir un asunto mas propio de esta festividad, que emprender una especie de apología de los templos tan generalmente infamados por los que